

LÍQUIDO®

Enchégala, enchégala ya.
 SOLO LOS SOLO CON TREMENDO
Relojeros, 2005

Efectiviwonder —dijo el recepcionista—, parece un sueño muy relajante.
 ROBERTO BOLAÑO
2666, 2004

MIS HIJAS ME PIDIERON LÍQUIDO® desde el primer día. Tenían las antenitas bien puestas para detectar qué series se descargaba todo el mundo, qué bambas¹ las distinguían entre sus amigas, qué nombres de mascota eran una cutrada... Esto de las antenas no debe tomarse literalmente; con ello quiero decir que a mis hijas parecía que en el instituto les enseñaran justamente eso; estar a la última. Y ahora, para no quedarse a la zaga, querían Líquido®. Mi mujer dijo que había sido una tarde ajetreada y, después de reconocer que no tenía energía para discutir con ellas, subió el volumen de la tele. Medio en coña, expliqué a mis hijas que solo los pijos compran a ciegas y que a nosotros, la clase media, nos caracteriza una fobia a lo nuevo propia de la rata de alcantarilla (Mi trabajo consiste en eso: ratas. Pero yo no las veo caer en las trampas. Mis ratas llegan entre los papeles, en forma de cifras; y así, desde una oficina, contribuyo al control de plagas de Barcelona). El caso es que mis hijas no les convenció el símil de la rata. No debería haber bromeado, porque luego llegaron a insistir tanto que tuve que aparcar el sentido del humor y soltar aquello de *no es no*, que tanto me fastidiaba de mi padre. Se volvieron a su cuarto odiándome de esa forma tan intensa como pasajera en que lo hacen los hijos cuando les llevas la contraria, y envidié a mi mujer por tener el don de arrellanarse en un sofá de espaldas al mundo.

Al año siguiente, Líquido® fue el rey de los regalos de Navidad. Pero a las niñas les compramos los juegos de la Play que habían pedido, un netbook para Marta y un gatito para Natalia que, definitivamente, se convirtió en un regalo compartido. Mi mujer se hizo una foto, con el gato acurrucado en la falda, que acabó en su fondo de pantalla; y mis

hijas discutían por tener el privilegio de dormir con él. Natalia decidió que su nombre sería Philip, por Philip G; un rapero juvenil de Disney Channel que cantaba algo sobre playas, frisbees y chicas morenas. Cosas de adolescentes, vamos.

Por fin, al tercer año los precios bajaron. Dos compañeros de planta me dijeron lo que habían pagado por la instalación de Líquido® y a cuánto salía al mes. Hice cálculos y me pareció razonable. Y luego, cuando escuché que el Soldevila lo tenía contratado incluso en su torre de la Costa Brava, terminé por convencerme. Vaya, no era una moda pasajera. Líquido® había llegado a nuestros hogares para quedarse... Como tantos otros artículos.

*

No éramos los primeros pero tampoco los últimos en abonarnos a Líquido®. Hacía tiempo que, en la urbanización, la infraestructura estaba lista. Las obras habían sido largas y por lo tanto molestas: no podías aparcar delante de casa porque la acera estaba levantada. Algunos vecinos se quejaron por la forma en que la instalación de los conductos enturbiaba la calma de nuestra urbanización. Y hasta llegué a oír, comprando en los pollos a l'ast, que se había producido un escape en la calle Rusiñol y que las ratas (porque se ven algunas ratas entre los contenedores que hay junto a la riera) andaban en círculos y, esa noche, se arrojaban contra las motos, atraídas por los faros... Cosas de vecinos, pensé. Vecinos jubilados y enemigos de lo nuevo (como las ratas).

Hice venir unos paletas porque nuestra piscina complicaba el paso de las cañerías gruesas de cobre y había que dar un rodeo. El propio técnico de Líquido® fue quien tomó las medidas y sugirió dos empresas que podían solucionar el problema: una barata y otra cara. Vino una mezcla de rusos y sudamericanos y, en una semana, el apaño estaba hecho, aunque luego tuve que sacar del fondo de la piscina trocitos de rachola, y el hibiscus lo encontré pisoteado. Mi mujer entraba y salía por la puerta de la cocina para no ser consciente del avance de las obras... Y por último, contraté un lampista para que llevara los tubos corrugados desde la puerta de casa hasta el salón. Vinieron unos cuñados murcianos que cumpliendo con los horarios colgaron la caja central en un ángulo perdido, junto a un armario que no ocupaba todo el ancho de pared. Luego alcanzaron con los tubos la consola que yo había apoyado sobre la mesita-revisetero. Casi lloro (es un decir) cuando los vi barriendos el polvillo que habían levantado. Con un imán de nevera dejé su tarjeta a la vista para futuras reformas.

El logotipo de Líquido® se iluminó y la consola emitió un ronroneo suave pero constante. Mi mujer abrazó a las niñas. Aparté un poco los cables para no tropezar y, cuando toqué el aparato, a parte de la vibración, sentí el calor que desprendía. El técnico había insistido en que comprobara que la pantalla marcaba los 36°. Ahora daba unos 28° pero fue subiendo hasta acercarse a la temperatura óptima (a los pocos días, Philip convertiría aquel electrodoméstico en su cama favorita; incluso, mientras nosotros estábamos conectados).

*

Apenas lo encendimos, tuve que imponer unas normas de uso, aún sabiendo que se disolverían a medida que Líquido® se hiciera más y más común en nuestras rutinas... Así había ocurrido con otras reglas, como acabar los deberes antes de conectarse a internet, dedicarle a la tele menos de dos horas diarias, etc. Imaginé a mis hijas portándose como ángeles durante una semana y cuando se lo comenté a mi mujer bromeó diciendo que, si era capaz de contener a aquel par de bichos, el juguete nos había salido muy bien de precio.

—Veamos cuánto dura la paz —respondí, y Marta protestó con ese aire chulesco que se da cuando quiere hacer valer sus derechos de niña a punto de cumplir la mayoría de edad.

Ahora mi mujer sostenía a nuestras hijas para que me dejaran en paz con las instrucciones. Leí en diagonal y busqué los diagramas con flechitas y números. Pedí que alguien (sin especificar) trajera un poco de algodón y alcohol; Marta y Natalia salieron disparadas.

Al poco rato estábamos todos arremangados. Las niñas me acosaban con preguntas mientras petaban el plástico de burbujas que había junto al cartón y las esquinas de porexpan.

—¿Puedo ser la primera?

—¿Lo has enchegado en modo ahorro?

—¿El brazo derecho o el izquierdo?

—¿Nos acostaremos tarde?

—¿Puedo decirle a la Neus que venga el viernes?

Consultando el manual respondí que mejor el izquierdo, porque a veces quedaba dolorido. Y luego les expliqué que, sintiéndolo mucho, no podían invitar a sus amigas a nuestra casa. Nada de visitas para probar nuestro Líquido®. Solo nosotros cuatro. No hacía falta entrar en detalles. No podían invitar a nadie por las agujas.

—Por las agujas, las enfermedades y eso —dijo Marta.

*

Se lo jugaron a cara o cruz y le tocó a la pequeña ser la primera. Le limpié la articulación del brazo (me hace gracia de ella que las pecas se le acaban justamente en la parte interior del brazo). Natalia estaba emocionadísima, con los ojos saltando de un lado para otro (es un decir).

—Si no te estás quieta le paso el turno a la Marta.

Miró a su hermana, que jugaba lanzando un euro al aire, y se quedó callada. Su madre encendía un cigarrillo. Le aparté el pelo de la cara a Natalia y le acaricié la mejilla pecosa.

—Cuenta hasta diez y te conecto.

Asintió con una vocecilla y empezó a contar. Y antes de llegar al tres le estaba hundiendo la aguja en la carne. Lo que me daba apuro era no mantener la inclinación correcta y dañar la vena, pero acerté sin titubear. Las instrucciones insistían en el pulso firme. Vi un puntito de sangre y corrí a apretarle una gasa con esparadrupo para mantener la aguja en su sitio.

Ahora sí. Le di al botón rojo de inyección.

Mi hija se mordió el labio y cayó hacia atrás, en el sofá. Quedó con los ojos muy abiertos (como el día que durmieron a Philip para castrarlo). Casi al instante Natalia estaba aprendiendo qué era Líquido®. Lo cual me sorprendió, porque creía que surtiría efecto de una forma más lenta. Me había convencido de que la sustancia se ramificaría por venas y capilares muy lentamente; al ritmo pausado que pudiera marcar el corazón de una niña... Y ahora resultaba que Líquido® se apoderaba de ti en el acto, con la efectividad veloz de una descarga eléctrica.

Me aseguré de que la consola enviaba a menos de 220 y al girarme encontré el brazo de Marta estirado para que la ayudara a conectarse. Su turno. Sentí un pequeño desgarró en la piel, algo que con Natalia no había pasado. Quizás Marta estaba más tensa. Pero su cuerpo se relajó al momento, y vi en su expresión de placer (o de paz o de disolución; aún no conocía los efectos en carne propia) que Líquido® se la había llevado a ver su show misterioso, aunque seguía con los ojos abiertos.

Fumando, mi mujer se me acercó.

—Te toca —dijo.

—Creo que sabré ponérmelo yo.

—Entonces, mientras disfrutáis, iré a ver qué hay en la nevera.

—Pide unas pizzas, si no te apetece ponerte a hacer la cena.

—Buena idea, las niñas estarán el doble de felices.

Me fijé en ellas. La palabra «pizza» no las ha-

bía sobresaltado como de costumbre. Quizás no nos escuchaban. O Líquido® las tenía distraídas y sus antenitas habían bajado la guardia.

Le hice una señal a mi mujer para que pulsara el botón rojo. Los tubos eran transparentes y vi el chorro correr hacia mi vena.

Me cuesta poner palabras a aquella primera vez. Escuché como mi frente se rasgaba y de pronto mi cabeza se llenó de rayos y filigranas de luz (como mis hijas escribiendo su nombre con bengalas en la noche de Sant Joan). Se sucedieron imágenes de árboles luminosos, de ciudades asomadas a un gran acantilado, observé peces plateados que migraban del mar a la luna y al llegar el invierno se convertían en pájaros con extraños sexos colgantes. Vi que esos pájaros tenían un ojo a cada lado de la cabeza y fui más consciente que nunca de la frontalidad que caracteriza nuestro ángulo humano de visión... Soy los ojos en la cola de un pavo real, pensé, el mundo es un tapiz que cargo conmigo. Y luego viajé a una isla con un volcán donde se sacrificaban caballos para que el sol siguiera saliendo día tras día. Amaneció y todo el mundo bailaba en una playa de grandes dunas rojas.

—¿De qué te ríes? —oí decir a mi mujer.

Y no respondí, porque tenía una paloma blanca en la boca y no quería que se me escapara. Me la tragué y entonces noté que bajaba hacia mi estómago, y volaba sin chocar contra las paredes de mis intestinos hasta dar con la salida. A mi espalda, vi un grupo de cuervos huyendo de mi en desbandada.

*

Al día siguiente me peleé con unos dossiers que encargó el Soldevila para antes de la una. Vino Enric varias veces. Se apoyaba con los puños en mi mesa y yo veía columpiarse su corbata blaugrana.

—Estoy de contrarreloj —le dije.

Hizo alguna broma sobre controles antidoping (que no reí por falta de tiempo) y se marchó entendiéndolo que hasta más tarde no podríamos charlar. Aunque lo intentó más veces.

—Entonces ¿os gustó la sesión de Líquido®?

—Enric.

—Vale.

A las dos ya tenía todo bien atado pero no logré deshacerme de aquella ansiedad, porque el Soldevila se había ido a comer... Enric me esperaba junto al perchero. Nos abrigamos y bajamos al restaurante.

Dio un bocado a la escalopa y aún masticando dijo:

—¿Escuchaste grillos?

—Sí, pero grillos con ecos como en *Bohemian Rhapsody*.

—Collons.

—Yo ya me entiendo.

—¿Y qué más?

—Subí a una especie de —¿cómo llamarlo?— ascensor multidimensional.

—Yo también he estado allí —saltó Enric—, aunque nunca se me hubiera ocurrido llamarlo «ascensor multidimensional».

Apuré la cerveza.

—¿Viste, a través de tu piel, tu esqueleto?

Respondí que sí.

—Y al final te desenchufaste porque era la hora de cenar...

—Efectiviwonder.

—¿Nada más?

—Nada.

Se me quedó mirando y me puse a discutir con él de la liga y los fichajes de invierno hasta que llegaron los cafés y Enric me vio desabrocharme un botón del pantalón; entonces retomó lo de Líquido®.

—Cuatro horas más con el Solde tocando los huevos —dijo— y ya podemos correr a casa a enchufarnos.

—Lo necesito. Vaya mañanita.

—¿Te dije que encontré al Quim con un tornavis, a punto de destripar la consola?

—Joder.

—Lo he castigado dos semanas.

Me entró la risa.

—¿Dos semanas? ¿Cómo calculaste que tenían que ser dos? ¿Tienes una tabla de correspondencias?

—Me salió de dentro. Iba a desmontar la maquinita. Es igual que su madre. Es Atila Rey de los Hunos, pero en fisgón. Y en hiperactivo —y añadió— ¿Te quedaste a gusto, entonces?

—Relajadísimo. Fue como irme de crucero un mes entero.

—El crucero que nos merecemos —dijo Enric suspirando—, concentrado en una hora... Y te quedaste fenomenal.

—Sí.

—¿Nada más? —preguntó.

—Nada más.

Y entonces lo sacó:

—Dilo sin miedo, Juan. Te cagaste de gusto.

—Estamos comiendo.

—Estamos haciendo el cafelito. Venga, a todos nos pasa. Pierdes el control de tus esfínteres. ¿Cuál es el plural de «esfínter»? El Líquido® te desactiva. Se abren las compuertas. Te cagas encima.

—¿Me volverá a pasar?

—Conéctate con el estómago vacío. Por lo menos los primeros días. Aunque irás progresando con la práctica.

La camarera trajo la cuenta. Vi que los cafés los habían cobrado a parte, porque habíamos pedido flan, y dije:

—Sale a 9,50 por barba. Y un euro entre los dos es demasiada propina para un lugar como este.

—Ya invito yo.

—No, Enric, a medias.

—Te invito —insistió—. No todos los días oyes al señor Juan Jiménez Doménech confesar que se ha hecho caca encima.

*

Plegar más tarde de las ocho significaba quedar atrapado en la ronda junto a los demás coches. Me puse el CD de Bowie que Marta me había pasado a MP3 y paciencia... No sobrepasé los 50km/h hasta que no me incorporé a la A-2 y pude darle gas, y quitarme esa sensación de que una fuerza superior me frenaba sin que yo pudiera remediarlo; entonces las farolas en fila de la autovía me hicieron pensar en un tráiler (una versión demo) de los túneles luminosos de Líquido®.

Llegué tarde y hambriento. No dije hola porque sabía que se habrían conectado un rato. Era el segundo día. Supuse que el halo de novedad persistiría unas semanas.

Vi que Philip, hecho un ovillo, aprovechaba el calor de la consola. Y al oír que yo dejaba el llavero en un plato marroquí que hay en el salón, levantó las orejas, pero no se giró para reconocermelo. Me acerqué al sofá, sacándome la ropa (tenía el chándal de andar por casa doblado en una de las sillas del comedor; el chándal de yoncarra, que decía Marta) y mi mujer alargó los brazos para atraerme hacia ella.

Me enchufé.

Volví a sentir el agujero sobre mis ojos. Algo que me recuerda a cuando uno apaga el televisor y, en el último segundo, la imagen se miniaturiza hasta ser un píxel tricolor en el centro de la pantalla. Pero al revés. En mitad del negro de la mente se abre una herida con la forma de una almendra (un ojo vertical, una mandorla, una vagina) que crece hasta que en tu cabeza entra toda la luz posible en el universo... Crucé autopistas fluorescentes y acabé en una especie de campo de trigo salpicado de amapolas y otras flores fugaces. El campo se volvió amarillo y empecé a sudar. Era una visión veraniega, así que atrapé con una mano el sol y lo partí para comérmelo como si fuera una sandía. Alcancé a sentir como

el agua de la fruta me resbalaba por la cara. Ahora la hierba era más alta. Por el rabillo del ojo veía tigres pero al girar la cabeza encontraba bloques de piedra con caras que alguien había dejado a medio esculpir. Caras con ojos. Ojos con iris. Iris con pupilas. Pupilas otra vez con ojos. De pronto escuché el grito de un animal desconocido. Es el pájaro, pensé, que se mete en tu tímpano y te dice que cojas el camino de la derecha. El pájaro volvió a gritar.

—Tengo que dar con su nido —me dije— y aplastar sus huevos.

—Es el despertador.

Y respondí:

—Los huevos no son de ningún color para que no los veas.

—Es el despertador, Juan —dijo mi mujer—. Voy a desenchufarte.

—Pajarraco.

*

Mi mujer gana más dinero que yo y suele desentenderse de los gastos familiares. Quiero decir que evita los quebraderos de cabeza asociados a los gastos familiares. A ella le preocupa más lograr cierto sentido del orden en casa. Le da igual lo que cueste. Armonía, con eso le basta.

Hace unas semanas lo calculé, y luego le pedí a mi mujer que lo revisara. Y sí, sale mucho más a cuenta la tarifa plana familiar, ya que nos hemos acostumbrado a Líquido® y estamos gastando por gastar cuando existen ofertas que se ajustan a nuestros hábitos de consumo. Se intuía que Líquido® sería una parte importante de nuestras rutinas: el reverso de aquello que somos en la oficina. Al volver a casa reconforta que esa paz tan dulce te esté esperando; esa paz tan poderosa que a veces se te olvida respirar (esa es la dulzura de Líquido®). Se te olvida, sí, pero es algo momentáneo, parecido a cuando roncas y de pronto te despiertas porque te escuchas roncar y entonces (ya eres consciente) se acabaron los ronquidos... Bueno, a veces se te olvida respirar. Y no importa, la verdad. Porque al final acabas respirando y no te mueres allí enchufado junto a tu familia soñando con un lago rodeado de juncos o cualquier otro paraíso de paz y paz y más paz. La guerra es lo de afuera, creo. El trabajo y la presión del trabajo y el trabajo bajo presión, eso es lo que nos mata. Morirse, pienso últimamente, tiene que parecerse a cuando uno apaga el televisor y, en el último segundo, la imagen se miniaturiza hasta ser un píxel tricolor en el centro de la pantalla. Bueno, esto son cosas que uno piensa con la cabeza encharcada de

Líquido® y que pueden sonar raras para los pocos que aún no se han abonado al servicio, pero nada es extraño en Líquido® más que el propio Líquido®.

*

A medida que te habitúas a Líquido® consigues cierto control sobre tus visiones. Puedes conversar con ellas, incluso (algo que en la pasividad de las primeras experiencias parecía imposible): te encuentras charlando con el barquero que te lleva a la otra orilla del río rojizo y, por lo menos en ese momento, tienen sentido las incoherencias del diálogo, o bajas la cabeza para leer las palabras que forman las hormigas...

Y otro progreso importante: cada día me cuesta menos alternar entre este mundo y el otro (el que ofrece Líquido®). Hace unas semanas, por ejemplo, respondí al teléfono a pesar de sentirme buceando en una piscina, rodeado de delfines sonrientes. Uno se va volviendo un poco anfibio (es una manera de hablar) y es capaz de desenvolverse entre los dos hábitats. Basta con pillarle el tranquillo. Aunque a veces los límites se confunden. Un domingo en que estábamos los cuatro conectados vi que las lagartijas de mi sueño saltaban por las paredes del salón. Solté una carcajada porque su modo de mover las patitas era muy cómico; de hecho tenían tres patas a cada lado. Me fijé en mi mujer, entonces, tumbada en el suelo con la cabeza en el sofá, y vi abejas que se posaban sobre ella para extraer algo de su polen y hacer miel. La idea era tan dulce como encantadora. Pero luego entendí que lo que jugaba en las córneas de mi mujer eran moscas de verdad. Estaban fuera de mi cabeza. Me quité el tubo. Pasé la mano para espartarlas y luego desenchufé a mi mujer. Las moscas volvieron a revolotear a su alrededor.

—¿Qué?

—Tengo hambre —expliqué—, vamos a cenar.

Siempre ponemos un despertador para que no se nos pase la hora de la cena. A pesar de que era pronto y aún no había sonado, insistí:

—¿Cenamos?

Creo que aún no me veía a mi. Dijo:

—Una telaraña de hilos de azúcar.

—Voy a sacar una lasaña del congelador.

—La feria.

—Me duele el cuello. Me quedé en una mala postura.

—Y cebras, muchas cebras.

Vi que las niñas estaban tumbadas en el suelo, como si el placer de Líquido® las hubiera hecho resbalar lentamente.

—Desconecta a las niñas —avisé a mi mujer—.

Voy a calentar la cena.

—El ombligo.

Me levanté y fui a la cocina. La lasaña que recordaba haber comprado (¿el sábado? ¿el viernes?) no estaba en el congelador. No importa. Saqué la biquinera y busqué el pan bimbo.

*

Las notas de mis hijas no bajaron y encima las veía felices con la ampliación de flujo que había contratado. Esto es algo que nos había preocupado desde el principio. Quizás Natalia se las arregla mejor con los estudios pero Marta siempre está al límite del aprobado. En los últimos años se nos ha puesto gordita (ella que era una niña con mi constitución), se ha ido volviendo algo callada y a veces habla de si misma como alguien que no es capaz de estar a la altura de sus compañeros y cuyo salto a la universidad no está asegurado. Sé perfectamente (porque yo también he sido adolescente) que para ocultar sus muslos y el culo se ha obsesionado con la ropa XXL de hip-hopero. En fin, pasa por un periodo difícil, como otros tantos jóvenes, y eso repercute en su rendimiento escolar. En el fondo sé que se le pasará. Logrará sentirse cómoda en el mundo. Encontrará algo que se le dará bien. Pero de momento tiene que gritarle al mundo que es una pasota. A diferencia de su hermana, que escucha Philip G (algo muy inocente), Marta se baja música que habla de pistolas, mamadas, vendettas y «rayas de coca que conducen al país de Oz», literal. Me gustaría sentarla y explicarle que es una niña de clase media que lo ha tenido todo, y que no vive en un barrio en ruinas donde la policía para a los chicos para revisarles los bolsillos, pero sé que eso la radicalizaría... Cosas de adolescentes. No importa.

La cuestión es que mi mujer y yo respiramos tranquilos: las notas de mis hijas no han bajado y encima las veo felices con la ampliación de flujo que contraté. Las encontré partiéndose de risa, y a punto de conectarse, un domingo a primera hora. Yo tenía que ir a comprar las baguets pero me quedé allí.

—Pone en el manual —dijo Marta— que no te pinches en ningún otro sitio que el brazo.

Y Natalia preguntó:

—¿Lo habrán probado primero con ratas o con humanos?

Con ratas no, pensé, con ratones de laboratorio; sin embargo me quedé callado, allí, junto a la puerta.

—¿Qué pasaría si lo probáramos con Philip? ¿Qué vería?

Se rieron, por lo absurdo de la idea, y se enchufaron, dejando al gato en paz, por suerte.

Y al día siguiente le conté la escena a Enric:
—Tengo una teoría —dijo.
—Rápido, tengo que reunirme con el Soldevila.
—Un gato no sentirá diferencia entre su día a día y una dosis de Líquido®. Ellos viven en *ese* estado. Permanentemente.

Esta es la teoría de Enric sobre los gatos.

*

Cometimos un error. Llegué el otro día algo tarde a casa y en vez de la escena habitual de mis hijas y mi mujer apoltronadas en el sofá, o en el suelo directamente (mi mujer compró una alfombra frondosa), las encontré discutiendo. Discordia en vez de paz. Natalia culpaba a Marta de dejar la puerta trasera abierta y Marta hacía lo propio con su hermana. Mi mujer, al verme, encendió un cigarro y huyó a la cocina. Sin pedir explicaciones adiviné que Philip se había escapado, así que salimos con linternas y unas latas gourmet (de esas que uno siempre está tentado de probar) pero ni rastro del gato. Hicimos carteles y eso. No apareció. No importaba. Era un gato. Saben sobrevivir sin el cariño humano, les dije a mis hijas. Philip era un gato. Son animales que se adaptan fácilmente, ¿no?

Esta es mi teoría sobre los gatos.

*

Coincidiendo con una pasa de gripe, la oficina se alborotó. Éramos menos personal currando más horas que nunca, y encima bajo presión. De modo que llegué a fantasear con exigir una salita donde disfrutar de Líquido® durante la pausa de la comida. Imaginé a la de Recursos Humanos planteando esta idea sin sindicatos de por medio... Claro que al final comprendí que el valor de Líquido® dependía de saber distinguir entre lo que somos en nuestro trabajo y aquello en lo que nos convertimos al llegar al refugio de nuestros hogares. De nuevo, me sentía un anfibio en paz. Trabajé como un burro esos días, me chuté con Redoxon® (porque mi mujer insiste en que funciona), tomé Actimel® con cada almuerzo (mi mujer...), y de noche respiré el aire limpio de los paisajes que Líquido® desplegaba.

*

Poco después de que Philip desapareciera, y lo diéramos por atropellado (o acogido por otra familia), lo encontré: encontré a Philip sano y salvo. Fue en un palacio de mármol donde todos los sonidos reverbe-

aban. Había un montón de cojines en el centro de la sala principal y un hombre gordo descansando, y rodeado de sirvientes con grilletos de oro y diamantes.

—Soy vuestro rey, ¿me recuerdas?

—Claro, Philip —contesté.

Desde entonces he empezado a tener encuentros muy especiales en mis experiencias con Líquido®. Hablé con mi madre bajo una higuera, de modo que lloré de alegría y pena a la vez y me sentí un buen hijo anfibio. Me visitó mi tío Juan (el que se la pegó con la moto). Y aquel niño que murió al resbalar en la ducha, en mi época colegial, también se me acercó hace nada. A mi mujer le parece algo escabroso, pero yo le digo la verdad: no importa tener esta clase de visitas. Ocurren en parajes agradables y las visitas están rodeadas de una aura de paz; conversan con una voz sosegada que no les conocimos en vida. Para nada es una situación molesta. Así que no importa tener esta clase de visitas. Lo importante es que ahora mismo parece que Líquido® llega con menos fuerza. ¿Es posible que me haya acostumbrado? ¿Tolerancia? Todo es menos vívido. Y sufro blancazos (evito la palabra «laguna» porque sugiere un lugar, con un espejo de agua, patos y vegetación...). De acuerdo, la paz sigue allí, a un simple botón de distancia, pero nos cuesta trabajo recordar lo que experimentamos durante la conexión (mi mujer dice lo mismo y ha llamado a Averías). Luego solo nos quedan flashes, retazos descoloridos. Aunque la sensación de paz se mantiene. Han bajado precios. Quizás no importa que Líquido® llegue con menos presión. La democratización del producto que prometían ha llegado. Más barato que nunca.

*

Este último jueves (o fue el miércoles) pedí conectarme solo, con la intención de averiguar si bajaba la intensidad debido al uso compartido de la consola. No sé, era una teoría. Mis hijas protestaron pero necesité muy poco tiempo para comprobar que aún así Líquido® era débil y la experiencia muy pobre en comparación con el festival de los sentidos de los primeros días. A ratos me preocupa, la verdad. Y en otros momentos recorro a algo muy parecido al optimismo y me digo que mejor poco que nada.

Llamamos al Servicio Técnico y nos atiende una máquina y las bifurcaciones que nos propone (pulse 2, pulse 1, pulse #) no conducen a nada.

*

El otro día, cerca de la última rotonda de la urbani-

zación, vi las cabezas de unos trabajadores sacando tierra con las palas. Detuve el coche y salí creyendo que podría preguntar si todo estaba en orden o si algún escape afectaba al suministro de Líquido®. A mi lado una vecina mayor se asomaba a la zanja. Nos miramos sonriendo pero no cruzamos palabra alguna. Yo quería preguntar directamente a alguno de los trabajadores, pero al escucharlos hablar en árabe me pareció que no lograríamos entendernos del todo, o que eran unos mandados y no sabían bien qué se traían entre manos. Traté de averiguar por mi cuenta si alguno de los tubos estaba dañado pero me resultó imposible. La anciana se había largado y había aparecido un vecino al que mi mujer llama «el loco del 4x4 negro». Se quitó las gafas de sol y apoyado en la valla de la obra prestó atención a los moros y a los tubos.

Llegué tarde al trabajo y aunque el Soldevila no andaba por ahí y no tuve bronca, me puse las pilas con el papeleo de Sanidesa (una de nuestras subcontratas) con el mismo ímpetu y estrés que si hubiera tenido al jefe, apoyado en mi hombro, pendiente de lo que ocurría en la pantalla del ordenador.

*

Hoy estuve en una especie de desierto; lo que me parece muy significativo: donde antes tuvimos selvas lujuriosas ahora queda un desierto para los sentidos. Líquido® llega rebajado; diluido con alguna simple solución salina, quizás. No importa, traté de sacarle el máximo partido a la escasez de ese desierto, y aunque Marta se encontraba cerca, toda mi atención era para una fuente de la que salía un chorro de agua plateada. Vi a mi hija saludándome. Empezó a andar hacia la línea del horizonte (una línea nada sutil, recta y fea, que insistía en la simplicidad que ahora caracteriza a Líquido®) y de vez en cuando, se detenía y me decía adiós con la mano. Se alejaba un poco más y volvía a saludarme. No importa. Todo es menos vívido desde que Líquido® llega sin presión. ¿Qué le vamos a hacer? Debes aprender a disfrutar de lo poco que se aparece ante tus ojos. Pensé en la frescura de la fuente. Me concentré en el sonido del chorro de agua. Todo es más fácil al lado de una fuente de agua, me digo. Más tranquilo. Toda esta paz la merezco. Lo demás no importa. Solo importa que vuelvan a aumentar la potencia pronto. Para sentir más paz. Esa tranquilidad que Líquido® nos regala me la gano a pulso, de lunes a viernes, de nueve a seis.

victor@garciatur.com



¹ Este cuento pertenece al libro inédito *Mdmerda*. Está escrito con las particularidades, las imprecisiones y los errores típicos del castellano hablado en el Área Metropolitana de Barcelona («paleta», «enchegar», «plegar», «biquini», etc).